

ORANDO CON LA PALABRA

(Domingo 5º de Cuaresma)

“ Jesús se retiró al monte de los Olivos . Al amanecer se presentó de nuevo en el templo y todo el pueblo acudía a él, y sentándose, les enseñaba. Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio y, colocándola en medio, le dijeron: “ Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras, tú ¿qué dices?. Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: “El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra”. E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús con la mujer, que seguía allí delante. Jesús se incorporó y le preguntó: “Mujer, ¿dónde están tus acusadores, ¿ninguno te ha condenado?. Ella contestó: “Ninguno, Señor “. Jesús dijo: “ Tampoco yo te condeno. Anda y en adelante no peques más”

(Juan, 8,1-11)

La Palabra, en este texto de Juan, nos vuelve a envolver en la experiencia sosegada y gratificante de sentir cómo la Misericordia libera y da impulso para iniciar caminos hacia una vida nueva y restaurada.

Jesús se retira al monte de los Olivos. Espacio y tiempo de oración, de encuentro con el Padre. De dejar que su presencia hecha uno en Él, le haga sentirse fortalecido para continuar su misión ante el pueblo, para responder , en este caso, a una confrontación que le plantean los escribas. Una mujer ha sido sorprendida en adulterio. La Ley de Moisés es clara y rotunda: apedrearla. “ tú, ¿qué dices ?. Y Jesús frente a la ley inflexible e injusta con la mujer, ofrece el rostro de la Misericordia.

Misericordia que se hace llamada a la conciencia personal, de reconocimiento del propio pecado, de la propia responsabilidad ante el sufrimiento injusto de los otros, del “echar piedras” sobre el caído y humillado.

Misericordia que no condena ni excluye. Jesús no ha venido a juzgar, sino a perdonar, a salvar, a liberar de presiones injustas, a devolver a la mujer condenada, humillada por cualquier tipo de violencia, su dignidad.

Jesús acoge a la mujer y la envía a reconciliarse consigo misma y con los demás: “Anda y no peques más”. Ante la mujer se abre un camino nuevo, el de iniciar una vida diferente desde la libertad.

Que, en esta dinámica liberadora de la Misericordia, nuestra mirada se haga limpia para mirar a todos con compasión, para no juzgar, para no echar piedras sobre las debilidades de los otros. Que nos sintamos liberados por la fuerza restauradora del perdón, dispuestas a comenzar de nuevo y comprometidos con todas las mujeres que, aún sufren cualquier tipo de opresión que las esclaviza.

ORACIÓN

En tu caminar entre las gentes, Señor,

te retiras al monte para orar,
para reencontrarte
contigo mismo,
en la presencia del Padre,
y fortalecido en Él
continuar tu misión.

Déjame, saborear en ti,
la experiencia serena
de saberme envuelta
en tu misericordia liberadora.
Experiencia que me haga lúcida
para reconocer mi pecado,
para no sentirme juzgada
sino querida,
para dejarme transformar,
para agradecer.

Ante la mujer,
acusada y humillada
delante del pueblo,
tu compasión, se hace también llamada
a la conciencia personal,
al reconocimiento del propio pecado.
“El que esté sin pecado,
que le tire la primera piedra”.
¡Cuántas veces juzgo,
señalo, margino...!
Y ¿cuántas reconozco
que no estoy libre de pecado,
que cometo errores,
que también me mueve el egoísmo
y la búsqueda del interés personal ?.

Dame, Señor,
una mirada lúcida,
humilde, compasiva
para ver y reconocer
mi propia realidad.
Para no juzgar ni excluir a nadie,
para no “echar piedras”

sobre las debilidades de los otros

Tú, Señor, no condenas a la mujer,
la miras con cariño,
la acoges, la levantas.
Con tu perdón,
la liberas de errores cometidos,
de presiones injustas
de temores y humillación.
Con tu misericordia
le devuelves la dignidad,
la posibilidad de comenzar una vida nueva
con futuro y con esperanza.
Ante tu mirada, Señor,
ponemos hoy a todas las mujeres
que se sienten oprimidas,
humilladas por cualquier tipo de violencia.
Que vayamos haciendo entre todos,
un mundo diferente,
dónde las mujeres
sean respetadas, valoradas
dónde puedan desarrollar
todas sus posibilidades
como personas, como mujeres, como madres.

Tu Misericordia, Señor,
se hace acogida, caricia, impulso.
“Anda y en adelante, no peques más”.
En el silencio, lleno de tu presencia,
escucho de nuevo, tu voz.
¡Anda, reconcíliate contigo misma,
siéntete libre,
comienza cada mañana,
ábrete a un horizonte nuevo ;.
Y contigo , Señor,
me siento liberada y libre,
camino, sueño, vivo,
envuelta en tu Misericordia
y abierta a la esperanza.

Amén.

(Hna. Oyonarte)

